

PRÓLOGO A LA ANTOLOGÍA DE LA REVISTA JONS

Juan Aparicio López

Nos reuníamos los jonsistas en el piso alto del Café del Norte [1], frente a aquel remolino de la Red de San Luis, que se hundía en la sima de la estación del Metro de la Gran Vía, contrastando su profundidad con la mole cercana de la Telefónica. El piso alto del café era bajo de techo y encolumnado. Allí jugaban al billar varios contertulios carlistas, con burócratas modestos y estudiantones impenitentes. La primavera de 1933 se deslizaba debajo de los balcones del Café del Norte como una Pasionaria desgarrada y soez, a la que íbamos a arrancar el moño los veteranos de la Tradición y nosotros, los jóvenes sindicalistas nacionales, de la mano abierta, las flechas yugadas y la nueva bandera insurreccional empapada de luto y sangre. La unificación de los españoles patriotas se anticipó en aquella primavera de 1933; pues convivíamos, aglutinados por la esperanza, los dos fermentos más fanáticos del nacionalismo ibérico. Antiguos lectores y colaboradores de *EL CRUZADO ESPAÑOL*, el intransigente portavoz del Carlismo, cual el Dr. Comas, Casariego, Gastañaga, adheridos en torno de la vitola venerable del General Nájera, congregábanse todas las tardes junto al grupo redactor de la revista *JONS*, compartiendo la amistad y el diálogo con los camaradas de Ramiro Ledesma Ramos.

Con nuestra revista *JONS*, cuya única oficina, local o sede era aquel piso alto del Café del Norte, disparábamos contra la fatídica primavera de las postrimerías del primer bienio. Entonces se había levantado genuinamente la España rural para combatir la tiranía marxista encarnada en Azaña, Casares Quiroga y Andrés Casaux. Entonces quisieron sofocar esta rebeldía de «los burgos podridos», del tuétano hispánico, con sendas inyecciones de bastardía forastera, con idas y venidas de capitostes extranjeros coruscantes. Entonces hollaron la tierra de nuestra Patria las pisadas astrosas de Vandervelde, Ludwig, Kerensky y Barbusse... Entonces, también, Monsieur Waleffe trajo a sus «misses» variopintas y bulevarderas al Madrid republicano para la elección del certamen internacional de belleza. Entonces Fernando de los Ríos preparaba el periplo de los efebos de la Ciudad Universitaria a bordo del «Ciudad de Cádiz», como el navío de un nabab caprichoso, cuyos despilfarros habían de pagar los campesinos de los mismos «burgos podridos». Entonces, por último, la obesa Hildegart, el conejillo de Indias de todas las teorías utópicas y disolventes, era asesinada por su propia madre, anarquista, filantrópica y algo teósofa.

Las J.O.N.S. habían crecido durante el otoño de 1931 y todo el año 1932, hasta contar con núcleos tan decididos y vigorosos como el de Onésimo Redondo Ortega en Valladolid y las ramificaciones universitarias y populares de Galicia, Santander, Bilbao, Zaragoza, Barcelona, Valencia, Salamanca, Granada y Extremadura. La juventud había encontrado su santo y seña en el Sindicalismo-Nacional de Ledesma Ramos, que no ofrecía viajes gratuitos a Jerusalén o a las Pirámides, ni pingües dotes ni sinecuras a los escolares modosos y atusaditos, sino la persecución, la cárcel y la muerte, en aras de esta trilogía de palabras fascinadoras como canéforas: LA PATRIA, EL PAN y LA JUSTICIA. Ledesma prometía un paraíso en la tierra; pero un paraíso futuro, difícil y remotísimo. El jonsismo de 1933 era la profecía de las victorias militares de Francisco Franco, del éxito de nuestra España Grande, Libre y Unida frente a todo el mundo. Pero todo lo que ahora es realidad, realidad verdadera y palpable, tangible realidad madura, hace seis años era sólo poesía, ensueño, desvarío. Aunque, minoritariamente y con fecundidad pristina, era también acción, un puro y esforzado principio de acción. En Madrid y en provincias los grupos organizados militarmente actuaban y ofendían —tal era nuestra característica de JUNTAS DE OFENSIVA NACIONAL-SINDICALISTA— a los traidores a la Patria y ante los miasmas de la putrefacción española.

No se había olvidado la doctrina fundacional de *LA CONQUISTA DEL ESTADO*, donde brotaron nuestras consignas y nuestras almas y se renovaron muchos corazones; mas la acción directa, la presencia tajante de los jonsistas en la vía y en la vida públicas, interesaban a Ramiro Ledesma por encima de otras urgencias menos necesarias. Cuando el proselitismo había ungido a la masa de nuestra mocedad, aunque no disponíamos aún de

permiso gubernativo y de medios económicos para instalar en un edificio a las J.O.N.S. madrileñas, y ya habíamos colaborado con José Antonio Primo de Rivera en la publicación del único número de *EL FASCIO*, surgió la conveniencia de remansarnos un momento dentro de una Revista doctrinal, para agitar después sus precipitados teóricos, sus conclusiones discursivas, sus tesis dialécticas y sus postulados, como si dispusiéramos de un arsenal de explosivos.

Al regreso de un viaje de Ramiro Ledesma a Portugal, donde visitara a Onésimo Redondo, refugiado allí desde el 10 de agosto, le propuse el título sencillo y rotundo para la nueva Revista. Me encargué en seguida de su Secretaría de Reducción y confección, ya que había desempeñado igual labor en *LA CONQUISTA DEL ESTADO*. Finalizaba el mes de abril de 1933 y asistíamos a la tertulia del Café del Norte, donde recogimos y leímos las primeras cuartillas, luego de haber buscado una imprenta. Nadie quería editar aquella publicación que había de ostentar en su portada, como un reto a los Sindicatos de la U.G.T., el sacro yugo y las flechas imperiales. Al fin encontró Ledesma un taller en la calle de Barbieri, cuyo dueño, un tal señor Benítez de Lugo, se dispuso a imprimirnos la Revista teórica de la Revolución Nacional. Acaso creyó que se trataba de algún «sapo» más de los que croaban entre sus linotipias o de alguna extravagante revistilla literaria de jovencuelos o chiflados. Allí se editaban los quinientos ejemplares de *EL DIARIO UNIVERSAL*, del Conde de Romanones, quien había delegado en un epicúreo funcionario del Ministerio de Gracia y Justicia, fumador sempiterno de puros, para su ajuste y dirección.

El Administrador sería Enrique Compte Azcoaga, que a partir del mes de octubre de 1931 le confiamos la gerencia y custodia de los ruines caudales del Partido. Ledesma dispuso que su precio de venta fuera el de una peseta, puesto que un café en el Café del Norte no nos costaba menos. Con esta ironía muy suya señalaba una ruta de ascetismo a muchos camaradas de las J.O.N.S., que habían de prescindir de aquel pequeño esparcimiento para nutrirse de nuestro credo. Sin embargo, las milicias jonsistas, apiñábanse en La Gruta y en otros bares típicos del triángulo formado por las glorietas de San Bernardo, Bilbao y Quevedo. Eran estudiantes de la Universidad y de los Institutos de Cisneros, Calderón y Lope de Vega, aprendices de Chamberi y deportistas de los clubs de barrio. Con porras, vergajos y unas cuantas pistolas se aprestaron a vender el primer número de la revista *JONS* en aquel mes de mayo estudiantil y sobresaltado por los exámenes.

Al Café del Norte concurrían Ramiro Ledesma, Enrique Compte, Jesús Ercilla, Lorenzo Puértolas, Emiliano Aguado, Tomás Bolívar, José María Castroviejo y yo —todos, asiduamente— y de vez en cuando Santiago Montero Díaz, camino de Santiago de Compostela, a su vuelta de Alemania; Eugenio Montes, entre dos corresponsalías al extranjero y leyendo a José de Maistre; Fernando Quadra Salcedo, el gótico Marqués de los Castillejos y directo sucesor por línea de varón de Iñigo Arista. Cada dos o tres semanas llegaban los enlaces de las provincias y quienes aprovechaban las rebajas ferroviarias de San Isidro para estrechar la mano de Ledesma. Otros no acudían a la reunión, pero trabajaron en la redacción del número, como el almeriense José María Cordero, para quien la Geopolítica es ciencia más conocida que el Paseo del Príncipe de su urbe natal. Y más tarde, Ernesto Giménez Caballero.

Onésimo Redondo, José María Areilza y Javier María de Bedoya enviaron sus artículos desde Lisboa, Bilbao y Valladolid, respectivamente. Así como después, Francisco Bravo, de Salamanca; Montero Díaz, de Galicia; Félix García Blázquez, de Palencia; Nemesio García Pérez, de Valderas; Ildefonso Cebriano, de Barcelona, y José María Fontana, desde Reus. Eran nuestros corresponsales y animadores de los grupos jonsistas de cada localidad. Porque el jonsismo se había diseminado a través de la Península, concentrando su virulencia y su fe en la mayoría de las Universidades. Todavía me refieren emocionados los antiguos estudiantes de aquella época el fervor numinoso con que esperaban el paquete de Revistas con tantas palabras maravillosas y con un acento tan patético y embriagador.

Entre sus páginas aparecía la mano palmada, la espada justiciera, el yugo de Fernando, las flechas de Isabel, el águila bicéfala y la cruz antañona de San Andrés o de Borgoña. Esta emblemática decorativa alternaba con las consignas fundamentales repetidas en cada número, tales: «Por la Patria, el Pan y la Justicia», «España Una, Grande y Libre», «Ningún

español sin pan», «Odia al enemigo de tu Patria», «Nuestro Nacionalismo es revolucionario; nuestro Sindicalismo es nacional», «Lo nacional —la Patria—. Lo sindicalista —el Pan—. Lo nacionalsindicalista —la Justicia—», orquestando una armonía violentísima que había de enardecer a los ánimos juveniles.

El bautismo de la revista *JONS* fue un bautismo de sangre y pólvora sobre las escalinatas marmóreas de la Universidad Central, en la calle de San Bernardo. Empeñadas las milicias jonsistas en la difusión de su órgano teórico, prepararon la venta dentro del recinto universitario, donde tiranizaban a la sazón las huestes de la F.U.E., soviéticas y embrutecidas. Mi hermano Diego, José Guerrero Fuensalida, Cándido Sáez, Maté y Fernando González, al frente de sus grupos, se aprestaron a presentar batalla al comunismo académico, con motivo de la salida del número primero de la revista *JONS*. La Revista se vendió en la Universidad; pero superiores las fuerzas rojas acosaron a la minoría jonsista. Fernando cayó al suelo golpeado por una barra de hierro, y hubiera sucumbido si no se atreve a descargar su pistola contra los facinerosos. Varios cabecillas de la F.U.E. resultaron heridos, no sufriendo más daño la mesnada de las J.O.N.S. que la detención y encarcelamiento de sus Jefes.

Nuestra Revista se impuso en seguida, agotándose cada mes en la Librería Franco-Española y en la de San Martín, de la Puerta del Sol, a pesar de las amenazas de la horda roja con romper las vidrieras de sus escaparates, como así lo hicieron. Mientras tanto, la tertulia del Café del Norte habíase animado con la madurez primaveral. Gastañaga nos contaba sus alijos de armas durante la Dictadura del Marqués de Estella; Castroviejo, en vísperas de marchar a los mares de Irlanda en un bou gallego, desafiaba a los burgueses pluscuamperfectos con sus geniales extravagancias. Tomás Bolívar, que ha muerto de Teniente de Ingenieros en nuestra guerra, era el silogismo personificado, y ningún ácrata ni marxista hubiera podido resistir sus *barbara*, *celarent*, *baralipton*. Emiliano Aguado ostentaba la categoría de filósofo, fenomenólogo, espiritualista y despectivo. Y Ramiro Ledesma capitaneaba el clan con su lucidez y con su audacia, con su mirada moderna de motorista y de aficionado al cinematógrafo. Ramiro Ledesma escribió menos para la revista *JONS* que en *LA CONQUISTA DEL ESTADO*, ya que el círculo de las plumas redactoras había crecido prodigiosamente. Mas, aparte de los artículos con su firma, utilizó el seudónimo de «Roberto Lanas», pergeñando además todos los manifiestos y circulares de las J.O.N.S. en nombre del Comité Ejecutivo Central, y las notas y escollos sobre la actualidad política. Ramiro disecaba los hechos políticos con una limpia y aguda destreza de vivisector, hasta reducirles a estrictas fórmulas matemáticas que demostraban su falsedad o su estéril vigencia.

Yo traduje del italiano varios ensayos de Mario Missiroli, Hugo Spirito, Ferri y Joaquín Volpi sobre temas fascistas o en tangencia con el experimento del Duce; a la par que exhumaba las raíces intelectuales e históricas del Imperio español para actualizar ese mito que fue la España de 1500-1700, como una espuela viva, como una diana para las ballestas tensas de los espíritus de nuestra generación.

Pertrechados de teoría nacionalsindicalista, la acción reclamaba sus fueros en el mes de julio, cuando fue el asalto por las J.O.N.S. del local de los Amigos de la Unión Soviética. Fue una incruenta aventura ofensiva que sólo patentizó el espanto ridículo de Wenceslao Roces y la subordinación del Gobierno Azaña a los ukases de Moscú. Como los comunistas madrileños fueron incapaces de atentar contra la tertulia del Café del Norte, según les conminara el Komintern, entre Casares Quiroga y Andrés Casaux urdieron un complot rocambolesco-monárquico-fascista-libertario, para conducirnos al Penal de Ocaña al Director, administrador y Secretario de la revista *JONS* —o sea a Ledesma, Compte y yo—, junto al Padre Gafo, algunos amigos de José Antonio Primo de Rivera, señores de Renovación Española, restos del Somatén y unas cuantas decenas de anarquistas que estorbaban. Hubo que suspender la publicación de la Revista durante el mes de agosto; pero los vínculos con José Antonio Primo de Rivera se estrecharon. José Antonio habíase decidido ya a la fundación de Falange Española, formando un triunvirato con Julio Ruiz de Alda, que se había afiliado a las células de *LA CONQUISTA DEL ESTADO* en mayo de 1931, y con Alfonso García Valdecasas, cuyo discurso parlamentario contra los partidos de

la República habíamos insertado en el último número de la Revista. La fusión posterior de Falange Española con las J.O.N.S. se preveía en el verano de 1933, aun antes del mitin de la Comedia, como un acto cordial irremediable, como una atracción mutua en la órbita sideral de España.

Reapareció la Revista, coincidiendo su segunda etapa con la caída del Gobierno de Azaña y Largo Caballero, en aquel septiembre de 1933, o sea al cabo de un decenio justo y cabal del comienzo de la Dictadura de D. Miguel Primo de Rivera. Como el Marqués de Estella había nacido en enero de 1870 y Manuel Azaña en enero de 1880, resulta que ambos cumplían idéntica edad cuando Primo de Rivera iniciaba su Dictadura nacional y Azaña perdía su despótica influencia. No obstante, el General y el covachuelista habían gobernado tardíamente, con un retraso de cerca de veinte años. Los jonsistas concedíamos una importancia decisiva a la coyuntura vital de las personas que habían de regir a nuestra España; hasta tal punto, que vedábamos los puestos directivos a los mayores de la cuarentena, y la confianza en nuestro triunfo era en parte una confianza cronológica. José Antonio Primo de Rivera había nacido en 1903; Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo, en 1905. Por lo tanto, el porvenir nos pertenecía como una mano abierta.

Los Gabinetes lerrouxistas de Martínez Barrio y Samper opusieron más obstáculos a la revista *JONS*, que había adquirido una prestancia clásica, aleccionadora y ponderable. Ya se vendía en muchas librerías de Madrid, mientras que sus redactores habíamos abandonado la tertulia del Café del Norte para refugiarnos durante el otoño en el domicilio de Caños, 11. Los grupos jonsistas aumentaron en la Universidad, al retorno de las vacaciones escolares, y nuestras filas se engrosaron también con jerarcas arrepentidos y desilusionados del cenetismo. Nuestro Sindicalismo-nacional atrajo a Olalla, a Guillén Salaya y a Nicasio Álvarez de Sotomayor, publicando estos dos últimos en la revista *JONS* su palinodia y profesión de nueva fe. Nutridas y desparramadas por España las JUNTAS DE OFENSIVA NACIONAL SINDICALISTA, ayuntáronse fácilmente con Falange Española en febrero de 1934. Este año la reacción masónico-burguesa del lerrouxismo persiguió con encarnizamiento a Falange Española de las J.O.N.S., cuya revista teórica mensual *JONS* y su semanario *FE* fueron suspendidos varias veces. 1934 fue un año blando y caótico, ensangrentado por la Revolución de octubre y la insurrección catalana, donde el impunitismo y las vacilaciones habían de torcer la ruta de la Revolución Nacional española. En adelante, era patente que el único remedio sería nada menos que la guerra civil.

Nos habíamos trasladado a la calle del Marqués de Riscal —mansión central de Falange Española de las J.O.N.S.—, y en aquel despachito próximo a las escaleras de servicio, presidido por la más vieja bandera rojinegra de los jonsistas de 1931, me entregó José Antonio Primo de Rivera las cuartillas de su ENSAYO SOBRE EL NACIONALISMO. José Antonio había perfilado este trabajo con delectación y minuciosidad, según el ritmo de su temperamento exigente y laborioso. El ENSAYO SOBRE EL NACIONALISMO había sido escrito con cierto ahínco y entusiasmo frente al retrato de su padre y a unos versos mayestáticos de Kipling. En su bufete de la calle de Alcalá Galiano lo había leído a Sánchez Mazas, a José Marta Alfaro, a Ramiro Ledesma, y todos aprobaron su exactitud y su finura.

Tampoco faltó la colaboración de Julio Ruiz de Alda, Raimundo Fernández Cuesta, Roberto Bassas y Luya Santa Marina; porque la revista *JONS* era ya la Revista de toda la Falange y sufría también las comunes persecuciones. El ministro de la Gobernación prohibió su salida durante el verano de 1934, encarcelándonos en la Modelo a medio centenar de militantes distinguidos. Entonces, apareció el postrer número de la revista *JONS*, cuando el Estado liberal y agnóstico nos acorralaba con más saña que a la bestia roja. Ya no era preciso el remansamiento de doctrina pura, sino la pura acción violenta, la acción revulsiva y catártica, la acción del garrote, de la pistola y la ametralladora. España iba a arder por los cuatro costados, ultrajada por el Marxismo e indefensa por los gobernantes, que prescindían de la juventud: es decir, del tesoro más terne y más generoso. A Falange Española de las J.O.N.S. sobraba la teoría sindicalista-nacional, que era ya carne y entraña de su vida — como un pasatiempo extemporáneo —, para sostener sobre sus hombros el cuerpo macizo de la Patria. Era el tiempo de la dialéctica de las pistolas profetizado por José Antonio y la faena de la insurrección armada que había estudiado casi científicamente Ramiro Ledesma.

Falange Española de las J.O.N.S. se preparó desde entonces, desde octubre de 1934, desde la traición del mes de octubre, para la guerra que ha ganado el invicto Francisco Franco. La revista *JONS* fue la víctima propiciatoria, algo superfluo que estorbaba para el combate. Algo superfluo pero sublime; como es la inteligencia política del destino de España. Este mérito suyo, que tal vez fuese una traba junto al campamento y la trinchera, constituye su valor presente, su rehabilitación y su vigencia para la paz.

Nota

[1] Ya no existe el Café del Norte, construyéndose una nueva casa en este lugar.

[Prólogo al volumen titulado *JONS. Antología y Prólogo*, editado por: Ediciones FE, Barcelona, 1939, 302 p.]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 34